

## Asumir la identidad latinoamericana

*Carlos Mato Fernández*

### Autointegración e integración iberoamericana en el Uruguay

No es fácil que los uruguayos se pongan de acuerdo sobre su nacionalidad. Al resto del mundo esta cuestión le resulta irrelevante o le es totalmente indiferente, pero en algo coinciden los juicios de fuera y de dentro, los referentes a la singularidad de nuestra pequeña y joven república, los comentarios neutros y objetivos de quienes –más allá de cualquier valoración positiva o negativa– han coincidido y vuelven ahora a coincidir en distinguir por su temprana y persistente democracia política, a nuestro país. Para nosotros, los uruguayos que estamos empeñados actualmente en el reencuentro con nosotros mismos y con nuestro continente latinoamericano, con nuestra vida cultural latinoamericana, aquel consenso de la opinión general puede servirnos de punto de partida, de hipótesis para la investigación en nuestra conciencia colectiva.

Dispuestos a realizar la más profunda autocrítica porque estamos convencidos que esa radicalidad es imprescindible para intentar la recuperación de nuestra comunidad enferma y postrada, hemos analizado en otros escritos esa caracterización del Uruguay como la democracia doblemente excepcional por su precocidad y su durabilidad en el contexto del mundo subdesarrollado americano.

Por mi parte he llegado a la conclusión de que hay tres precisiones fundamentales, las cuales reinterpretan y ajustan el significado de aquella caracterización general de la República Oriental del Uruguay como modelo de democracia en América, a saber:

Primeramente, veamos cuál es el nivel estricto de la vida democrática uruguaya sobre el que se puede sacar conclusiones de vigencia actual. Leemos en

la Introducción de “La democracia en Uruguay” de Germán W. Rama (Cuadernos del RIAL, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987): “Finalmente, y en lo propio de la democracia, lo específicamente uruguayo es la temprana instalación de un sistema político pluralista, sujeto a renovación electoral regular y con garantías, con participación masculina universal desde 1916 –incluyendo analfabetos– y también femenina desde 1934; con rotación de partidos en el gobierno y con tasas de participación electoral muy altas, que funcionó en condiciones de limitado conflicto ideológico y social en una sociedad de creciente modernización, y cuyo valor societal se mide por su prolongada resistencia y agonía antes de quebrarse ante el impacto de profundas crisis económicas, propias de pequeño país dependiente, y de la carencia interna de proyectos”.

Estrictamente, nos referiremos al sistema político, a la evolución de las formalidades de la vida política de los ciudadanos, porque tal es el nivel de la vida social y cultural donde se tejó esa democracia formal tan propia del Uruguay. Evitaremos la inveterada confusión por extensión del sentido de la democracia política cuando se sobreentiende que ella involucra al resto de la vida social y nacional, porque, justamente, las peculiaridades de la democracia en el país están determinadas por la evolución separada del sistema político con respecto a las realidades económicas, sociales y culturales.

Supongo que la preocupación por la misma supervivencia o el crecimiento o la decadencia de nuestra patria y nuestra cultura es el mayor cuidado que nos ocupa y hasta nos aflige a todos actualmente. El tema de la filosofía de la democracia tiene esa enorme importancia práctica y –consecuentemente– teórica, para nuestros países rioplatenses. Si buscamos la identificación y la integración de los uruguayos en tanto que connacionales y latinoamericanos, la explicación y la comprensión de la historia y la vigencia de nuestra singular democracia se constituyen en la cuestión global, central y definitoria.

Por todo lo anterior, es más necesario distinguir el nivel estrecho de la política partidaria y electoral, el cual es sólo uno de los aspectos de la deseada recuperación post-dictatorial, y tiene una historia aparte.

Secundariamente, hago una precisión con respecto a la peculiar precocidad de nuestra democracia: para el optimismo oficial pudo ser “como el Uruguay no hay” y entonces, excepcionalmente precoz; para Rama era objetivamente “la temprana instalación de un sistema político pluralista, sujeto a renovación electoral regular”; y yo he propuesto como conclusión del análisis de la historia pasada y de la herencia vigente “lo aparentemente precoz era prematuro”. Y podríamos remontarnos hasta Rousseau para comprender los riesgos de la adopción de formas políticas prematuras en relación al desarrollo del cuerpo social.

En tercer lugar, la precisión sobre la durabilidad de esa democracia: Rama valora “su prolongada resistencia y agonía antes de quebrarse...”, con lo que entendemos la referencia a la quiebra que unánimemente todos situamos en el período de la reciente dictadura (1973-1985); pero en su obra llega a analizar toda la historia incluyendo al primer año de la presente recuperación de la vida “en democracia” y señala algo muy destacable, una notable peculiaridad, “la sociedad hiperintegrada”:

*“Epílogo. Las elecciones de noviembre de 1984 y el año transcurrido... muestran, en su funcionamiento, la capacidad colectiva de reconstrucción de la integración social y de la articulación de la sociedad y el Estado a través de la democracia.*

*“Sin embargo, también muestran una profunda voluntad de reconstruir la sociedad del pasado, previo a la dictadura, y con ello la débil capacidad de formular proyectos de transformación.”*

Nosotros concluiríamos compartiendo esa clasificación de lo durable como “resistente”. Y llegamos a reunir una cualificación del organismo social como “superintegrado”, pero en las *formas* de la convivencia política, las cuales son, más allá de las apariencias, “precoces-prematuras” y “resistentes-incambiadas”. A partir de esas paradojas tendremos que continuar esas cavilaciones.

Nadie ha determinado los perfiles de un tipo de ser humano o de personalidad cuyos rasgos fuertemente tallados autoricen a identificar el pretendido carácter nacional uruguayo. No se justificaría presuponer modos de ser sustanciales, esencias u ontologías que correspondan a la "orientalidad" (vocablo de uso tradicional pero que ha acarreado innumerables malosentendidos a causa de su ambigüedad irredimible) y mucho menos aún, a la "uruguayidad" (palabra inusual y malsonante). No hay matriz ni prototipo uruguayo. Existe una rica literatura atenta a todo lo que sean los valores de la cultura letrada y artística nacional y sus ecos en la comarca americana y en el mundo; pero de ella no se puede extraer ninguna caracterología aplicable a los uruguayos u "orientales".

Nuestra incertidumbre actual y el sentimiento de estar perdidos, de desorientación y desencuentro, reflejan el estado crítico del todo social y trascienden ese nivel psicológico intelectual de *nuestra crisis de identidad*. No alcanzaría con la recuperación de las formas de vida más caras a nuestros corazones, de aquel Uruguay anterior a la dictadura, porque si bien es cierto que el no poder revivirlas nos anonada, también lo es que tales formas solamente vegetan si no se les infunde nuevas energías, impulsos y contenidos vigorosamente renovados y en definitiva, nuevos proyectos.

Si entendiéramos estas etapas de transición y de recuperación en el sentido retrospectivo de la vuelta a los valores vigentes entre los uruguayos anteriores a nuestras circunstancias históricas de crisis, las de los años 1973, o del otro "año terrible" de 1968, o de los posteriores a las guerras de Corea y la Segunda y la Primera Mundiales, entonces llegaríamos al primer cuarto del siglo XX y estaríamos evocando al Uruguay más pleno de la historia (de acuerdo al reconocimiento unánime, tanto de los connacionales cuanto de los extranjeros) pero definitivamente desaparecido y por lo tanto *irrecuperable*, de otra manera que no fuera la nostálgica memoria de quienes sueñen ser descendientes de la "Suiza de América".

Quiere decir que, sobrepasando el mero restablecimiento de la última caída, tendremos que analizar uno por uno los niveles de esa totalidad desgarrada que

representa la nación uruguaya y a la cual nos hemos referido hasta ahora con la expresión “la sociedad y su cultura”.

Identifícanse, justamente, sociedad y cultura si las entendemos totalizadas así: la cultura es la modalidad integradora por la cual la sociedad vive y perdura 1) produciendo objetos-cosas y formas objetivas, gracias a la síntesis naturaleza-viviente-cultivada y cultivante y 2) autocreándose por la elección de los valores comprometidos en su propia acción. Los análisis de la cultura simbólica superestructural deben continuarse con los demás niveles de la estructura social para buscar nuestras fallas en el organismo de la vida colectiva y en sus generadores históricos.

Queríamos decir, en síntesis: identidad dinámica y vital, para nosotros, los uruguayos, significa reidentificarnos, auto-integrarnos comunitariamente y –a la vez– reintegrarnos orgánicamente a nuestro medio americano y a la vocación cultural latinoamericana.

## Identidad nacional y vocación latinoamericana

Al presente, nuestro tema ha quedado definido: identificar un Estado-Nación sudamericano, desarraigado de sus nutrientes continentales.

Esa identidad viva de una nación, tal como lo hemos desarrollado anteriormente, excluye cualquier descripción simple y estática, cualquier identidad abstracta, nominal o puramente lógica; merece ser comparada con un organismo natural, viviente y evolutivo, además de una organización social con su génesis y estructura histórico-cultural.

*Identidad* significa también *integridad* de una sociedad que evoluciona *orgánicamente*, es decir: viviendo del crecimiento de su cuerpo social, del trabajo realizado con sus propias fuerzas, apoderándose del “medio” (ecológico) viviendo la asimilación y la reproducción de los bienes del proceso civilizatorio

y la creación de una cultura que reintegra sus propias energías y “capitaliza” su herencia cultural-simbólica, a la vez que se intercomunica con otros pueblos y se integra a la marcha de la comunidad de las naciones, en el ejercicio de la capacidad de autodeterminación que haya podido ganar para sí.

La identificación nacional, la identidad para sí (nuestra identidad para nosotros) está en proceso permanente, nunca es la reiteración de los mismos integrantes, ni de los individuos, ni de las generaciones, ni de los grupos o clases. Pero esta autoidentificación también depende de la identificación con los otros. En nuestro caso concreto, la República Oriental del Uruguay, se ve claramente cómo las dificultades para esbozar una auténtica identificación de nosotros mismos están íntimamente relacionadas con los procesos desintegradores padecidos por las naciones iberoamericanas.

*Integración de sí e integración con los otros*, ambos son procesos infaltables (que componen una corriente polarizada, concentrando las energías en un sentido o en el otro); la personalidad histórica de una nación se va robusteciendo en la medida en que ésta se autoidentifica con un proyecto, donde el pasado es asumido, reinterpretado e integrado al plan de lo que “deberemos hacer”; la medida de la autodeterminación es la conciencia de su capacidad integradora del presente con el pasado y el futuro.

Crisis de la sociedad uruguaya que pierde sus energías naturales y productivas: vaciamiento del campo, emigración, desocupación o semiocupación, instalaciones industriales ociosas, población avejentada, “achicamiento” del cuerpo social; quebranto de la convivencia, degradación del medio cultural, la caída que significó la dictadura; y cuando transita hacia la recuperación de las instituciones, advierte cuan lábil es el restablecimiento de su salud en las formas de la vida democrática, *imprescindibles, pero insuficientes*. Más allá del equilibrio de la convalecencia, necesitamos reintegrarnos internamente, reconstruirnos y reintegrarnos a nuestro continente para mejor reencontrarnos con nosotros y con el mundo.

La imagen de un pequeño país excepcional y excéntrico con respecto a Latinoamérica ya no sirve a nadie, ni interna ni externamente.

## Uruguay: migraciones e integraciones

Desplazamientos de grupos humanos a un nuevo habitat, esto es: migraciones, inmigraciones europeas e inmigración del campo hacia la ciudad, a las que sucedieron emigraciones desde nuestro país hacia los demás países americanos y hacia Europa y Australia, esa es la dinámica peculiar de la población del Uruguay.

Hoy nos preguntamos, –además de qué y quiénes somos–, ¿hay un vaciamiento de nuestro país?

Entre los contingentes de la emigración forzada por la dictadura se oyó, a modo de desesperanzada despedida: “El último que se vaya que apague la luz”. En esta expresión de corte intelectual y teatral, se sobreentiende que determinadas formas de la vida urbana uruguaya se van para no volver.

Pero más allá de las formas de emigración que alcanzaron su pico más alto durante la quiebra de la vida democrática, el temor al vaciamiento proviene de saber que la población rural se traslada a las ciudades litorales y fronterizas de manera incontenible, configurando así *el país de mayor concentración urbana en el continente*.

Aparecen dos peculiaridades uruguayas por las cuales nos asemejamos más a Europa y a los países desarrollados que a los latinoamericanos: no somos un pueblo nuevo sino *un “pueblo transplantado”* desde los países del Mediterráneo para llenar un territorio prácticamente vacío. Curiosamente, ese poblamiento de aluvión tiene hoy una organización espacial sobreurbanizada que *no se integra con el país agropecuario*.

Por cierto que esas *apariencias* peculiares, que nos hacen un modo de ser sin raíces, con fuerzas naturales debilitadas, un cuerpo social que no crece, la conciencia nacional escindida y las energías intelectuales evasivas cuando no enajenadas, no dejan tranquilo a nadie.

No es fácil la búsqueda del reencuentro, porque si bien reconocemos nuestras limitaciones y las deformidades de la imagen que no queremos tener de nosotros mismos, no está claro *aquello identificador*, integrador, colectivo y auténticamente uruguayo y latinoamericano.

A pesar de esa falta de certidumbres y sobreponiéndose a ella, varios compatriotas han publicado estudios muy pertinentes y reveladores sobre estos problemas.

*Uruguay: el país urbano* de J. Rial y J. Kłaczkó (1981) dice:

"Uruguay es el paradigma de una nación urbana. Más del 77% de su población vive en centros de más de dos mil habitantes. Y aún más, el viajero, aquel que no se limita sólo a conocer Montevideo, tiene la vivencia de una sociedad rural, de un país casi vacío, con "islas" donde los hombres se concentran: capitales de departamentos y villas a lo largo de vías de comunicación rodeados por un despoblado *hinterland*."

"...El país real era el producto de una simbiosis entre ambos. Y más allá de los enfrentamientos inevitables, la preeminencia de uno sobre el otro nunca pudo producirse." (Se refiere a la ciudad y el campo).

"Esta comprobación nos lleva a una aparente paradoja: la capital macrocefálica y las pequeñas y poco eficientes agrupaciones urbanas que le siguen constituyen el país urbano por excelencia, donde seguirán protagonizándose los principales cambios sociales y políticos, donde se despliegan la industria, el comercio, las actividades culturales, educativas, previsionales, asistenciales



y recreativas. En ellas se concentran la mayoría de los recursos tecnológicos y humanos. En los pocos kilómetros cuadrados que ocupan o en las áreas de influencia delineadas por los medios de transporte que los unen, hace ya mucho tiempo que vive la mayoría de la población, constituyendo un país urbano complementado por un campo donde impera el vacío humano, pero donde hoy, como siempre, sigue residiendo la última *ratio* del país.”

¿Hasta cuándo resistirá esa tensión entre concentración urbana y vacío en el campo?

Quien nos da la llamada de atención y la explicación global de esta falla estructural, desequilibrante y desintegradora, es nuestro conocido C. Aguiar, en aquel libro *Uruguay: país de emigración* que reconocía el flujo inmigratorio original para culminar así:

“No bien completó su frontera y se insertó en el mercado mundial basado en un régimen de ganadería extensiva, el Uruguay estabilizó una estructura económica y social cuyos parámetros principales permanecen a la fecha. Determina los límites posibles de viabilidad nacional, fija los topes potenciales de los diversos movimientos sociales y afirma la consistencia de un determinado sistema hegemónico –no exento, por cierto, de contradicciones graves y debilidades singulares– que marcó la historia del país y pone desde ya la impronta de su futuro. También marcó las modalidades de la evolución demográfica nacional y determinó que –salvo grandes crisis expulsoras de población en países centrales– librado a su propio dinamismo, el Uruguay se convirtiera en un país que genera emigración.”

Así se invirtió el desarrollo poblacional que aparentaba un país de inmigración, en su sentido profundo y desangrante: “Uruguay: país de emigración.”

La evolución del organismo social ha sido, a pesar de su reducida duración histórica, la larga infancia, la excepcional época de plenitud y una

precoz estabilidad que en la vida joven es más bien el disfraz de la incipiente decadencia.

La decadencia uruguaya después de la Segunda Guerra Mundial pero, más exactamente, la crisis representada por las dictaduras en el Cono Sur y en el Río de la Plata, es lo que nos obliga –a quienes las hemos vivido– a repensar nuestra sobrevida colectiva; y a los que vivimos en el Uruguay “país de emigración” nos impone la preocupación de todos por reencontrar el sentido de la nacionalidad y viabilizarle un porvenir.

Auscultando la comunidad uruguaya, auscultándonos, comprendemos sus desequilibrios, los procesos de desintegración que se incrementan a “contra-sensu” de los deseos más unánimemente manifiestos, reconocemos que está enferma; la crisis militar fue la quiebra y desnudó al paciente.

Esa es nuestra sincera identificación actual. Pero la vida de una comunidad demuestra su salud cuando supera la enfermedad y, con vigor, reconcentra sus energías y se proyecta al futuro.